

Y se hiela en mi pecho la esperanza.
De repente á los muros un heraldo
Llega pidiendo hablar; entonces para
El sangriento combate; un mensajero
Fernán González á tu Alteza manda.
La paz propone, pero quiere al punto
Que la condesa de tus hierros salga.
Y puesto, dice, que tan mal su afecto
En tan triste ocasión don Sancho pagas,
El precio pide de su azor mudado
Y el caballo alfaraz que en las pasadas
Cortes tú le compraste, como el pago
La escritura fijó; y de no, demanda
Que exenta su Castilla de tributos,
Sólo á su conde y rey le rinda parias,
Y no á los reyes de León ni Oviedo,
Que no tienen derechos á mandarla.
Esto pide, señor, y si lo niegas
Que hasta morir, combatirá, declara,
O que en León no quede demolida
Ni piedra sobre piedra.

REY. Doña Sancha
Debe luego partir, pues que al efecto
Os tengo ya á los dos órdenes dadas.
La suma del azor y del caballo
Vosotros me diréis si he de pagarla.
Un año ha transcurrido, ¿cuánto monta?

NUÑO. Mucho ha subido, y á pagar no alcanzan
Trescientos mil escudos.

REY. ¿Y en tal caso
Qué me aconsejas, Nuño?

NUÑO. Por desgracia
Ya es tarde: en cuanto supo vuestra madre
Que propuestas de paz el conde manda,
Al punto envió á decirle que don Sancho
Sus pactos y sus paces despreciaba.

REY. Don Nuño, ¿qué decís?

NUÑO. Y ora de nuevo,
Más irritado que antes, á las armas
Torna feroz. Doña Teresa en tanto
Estorba á don Ortuño, ardiendo en rabia
Las prevenciones que hace de orden mía
Para llevar al conde á doña Sancha.

REY. ¿Qué es lo que escucho?

NUÑO. Y furibunda, loca,
Más que mujer, guerrero, con la espada
Que á un caballero le arrancó ella misma
Defiende con los suyos esta entrada.

REY. ¡Oh! ¿qué mujer es esta? Don Osorio,
Al momento marchad, y con la escuadra
Que encargada os está, las prevenciones
Andad á proteger para la marcha,
Y por Sancha volveos; disculpadme
Con ella, si en persona acompañarla

No puedo, que urge el tiempo; y á mi ma-
(dre
Decid vos (á don Nuño) que don Sancho
(aquí la llama,
Y á las puertas tornad. Antes de mucho
Defendiendo sus ínclitas murallas
Verá á su rey León: mas ella viene,
Desceñida la ropa, ensangrentada...
Id, don Nuño. (*Vase este*) (¡Hasta cuán-
(do mi paciencia
Fatigarás, oh madre, con tu audacia!

ESCENA III

REY, DOÑA TERESA

REY. ¿Sois vos la que cuando mando
Contradice mis decretos?
¿Quién os dió, doña Teresa,
Contra mi poder derechos?
¿Quién os coronó en León?
¿Qué significa ese acero?
¿O son esas, por ventura,
Armas de mujeres?

TER. ¡Cielos!
¿Qué lenguaje, Sancho, es ese?
¿Vos queréis enviar, es cierto,
A su esposo á doña Sancha?
¿Eso es gobernar el reino?
Eso es, hijo fementido...

REY. Poned á la lengua un freno,
Que si mi madre sois vos,
Ved que yo soy el rey vuestro:
Porque tanto os he sufrido,
No imaginéis que consiento
Que tengáis, reinando yo,
Las riendas vos del gobierno.
Y si no me obedecieseis
De buen grado, allá veremos
Si para granjearme un día
Vuestro debido respeto
Faltan á mi pecho bríos
Y en mis dominios conventos.
Que ya al rostro se me asoma
Entre los años el vello,
Para tomar neciamente
De una mujer los consejos.
O mande yo, ó mandad vos,
Mirad que no disputemos
El poder, que aunque tuvierais
Mayor partido entre el pueblo
Que el que tenéis, me parece
Que á contrarrestar mi esfuerzo
No fuerais bastante vos.
A la estancia recogeos,

Y esperad en el palacio
A que los hombres de esfuerzo
Con su espada determinen
La fortuna de los pueblos.
Mejor le sienta la aguja
A la mujer que el acero,
Que no se inventó la espada
Para los oficios vuestros.
Cesen ya, cesen de darme
Enojos vuestros excesos,
Que si ora me ata las manos
Con sus lazos el respeto,
Pudiera ser que algún día
Olvidara lo que os debo.
Cuando mejor que don Sancho
Sepáis en cualquier torneo
Correr cañas, ó romper
Una lanza con denuedo,
Y derribar del arzón
Con un bote á un caballero;
Cuando á vencer á los moros
Aprendáis en mil encuentros,
Y á gobernar las naciones
Con el prudente consejo,
Venid á tomar entonces
La dirección de mis reinos.
Lo juro: entonces, señora,
Por la vida que yo tengo,
Por el Dios que nos escucha,
Que la autoridad os cedo.
Pero en inútiles quejas
Instantes preciosos pierdo,
Y más la patria merece
Y más los leoneses pechos,
Que están vertiendo su sangre
En defensa de mi cetro,
Que no tan vana querella
Y tan loco devaneo.

(Vase.)

ESCENA IV

DOÑA TERESA

TER. ¡Qué afrenta! ¡Que eso escuchase!
¡Corrida estoy! ¡Qué despecho!
Mal imaginas, buen Sancho,
Si piensas que te obedezco;
Antes que mi hermana salga
Has de atravesar mi pecho,
Antes yo misma en el suyo
He de esconder este acero.
A estorbar que el de Monzón
Pueda conseguir su intento
Han de bastarme los míos

Que ya alicionados tengo.
¡Hola! (*llamando*). Es fuerza que ante todo
El estado averigüemos
Del asalto y....

ESCENA V

DOÑA TERESA, ALCAIDE

ALCAI. Gran señora...

TER. ¿Qué es del conde de Monzón?
¿Por doña Sancha no ha vuelto
Como el rey dejó mandado?

ALCAI. Nadie ha llegado, y me temo
Que apretando el cerco el conde
Haya dejado ese empeño,
Inútil ya, á la defensa,
Que es más urgente, acudiendo.

TER. ¿Tan aprisa el conde vence?

ALCAI. Es tan grande su denuedo
Que es vana la resistencia:
Crece por puntos el riesgo,
Y aún más, porque en la ciudad
Partido en bandos el pueblo,
Quien el alcázar defiende,
Quien el muro, y quien dispuesto
En favor del conde acude
A abrirle las puertas.

TER. ¡Cielos!
¿Y que esto mis ojos vean
Y triunfe Castilla?

ALCAI. Dentro
De las calles ya se han visto
Castellanos, los primeros
Que valientes se han echado
Desde el muro, si bien presto,
Por ser pocos, han pagado
Su temerario ardimiento.
Mas imitado de muchos
Este valeroso ejemplo,
Poco tiempo el rey, por más
Que le ayuden sus guerreros,
Disputará la victoria
A los castellanos fieros
Que como leones combaten.

TER. No me ha de sobrar el tiempo.
¿Hiciste lo que encargado
Te dejé?

ALCAI. Señora, ciego
Obedecí tus mandatos.

TER. En buen hora: vamos presto.
La condesa sale aquí.
Déjala; no tardaremos
En volver. Corre. ¡Insensata!
El conde podrá vencernos;

Pero yo sabré, vencida,
Morir vengada á lo menos.
(Vánse).

ESCENA VI

DOÑA SANCHA

SANCHA. Cesó, gran Dios, el tumulto;
Nada oigo; cesó el estruendo.
Ya torna á lucir el día,
Y en balde con él espero
Que torne también mi esposo
A sacarme de mis hierros.
Quién sabe si en este instante,
Víctima de tu desnudo,
Por salvarme yaces roto
Y despedazado el pecho.
¡Oh bárbara incertidumbre!
¡Oh inexplicable tormento!
Corazón acojido,
Deshazte en llanto sin duelo,
Pues para tí sin el conde
No hay en la tierra consuelo.
Ojos que marchar le visteis
Y no volveréis á verlo,
Pues que el conde ya no vuelve,
Lloremos, sin fin, lloremos.

TERESA (Al paño al alcaide: éste trae en una
bandeja copa y daga.)
No hay ya tiempo que perder:
Seguidme: este es el momento.

ESCENA VII

DOÑA SANCHA, DOÑA TERESA, ALCAIDE

SANCHA. ¿Quién se acerca en esta oscura
Mansión? Pero ¡oh Dios! ¿qué veo?

TERESA. ¡Vive Dios! que mientras más
La miro, más la aborrezco.

SANCHA. ¡Qué aparato cruel! ¿Qué es lo que
(¡intentas?)

¿Qué pretendes de mí? ¿Qué aspecto! ¿Ca-
(¡llas?)

¿Qué es de mi esposo, dime? ¿Todavía
No es del rey vencedor?

TERESA. ¡Miserá!

SANCHA. ¡Ay! Habla.

Sí, ya lo veo; tu feroz sonrisa
Harto claro me explica su tardanza.

¿Es vencido? ¿Le han muerto? No te acer-
(ques.)

¿Qué intención?... esa copa... tus miradas...
Gran Dios, ampara mi inocencia!

TERESA. ¿Tiemblas?

Pronto no temblarás.

SANCHA. ¡Oh, qué palabras!
TERESA. ¡Ferozes, como yo! Pues que los lazos
Nos unen de la sangre y nos hermanan,
Quiero yo nuestro amor también con sangre
Nuestra sellar. ¿Entiendes? Pues ya tardas.
SANCHA. ¡Qué horror! ¿Qué es lo que has di-
(cho? ¡Rey Don Sancho!

¡Don Sancho! Nadie me oye...

TERESA. Bien guardadas
Por mis gentes estamos. ¡Ea! presto,
Si entre viles martirios en la plaza
No quieres á un verdugo dar tu vida:
Elige: ó el veneno ó esa daga.
Aun te doy á elegir.

SANCHA. ¡Piedad!

TERESA. En balde
Ruegas. Presto ha de ser: elige y calla
Para siempre.

SANCHA. ¡Morir! ¡Ahora, en los años
En que todo á vivir me convidaba!
¡Ay! yo tiemblo morir... Tente ¡infelice!
(Cae abrazada á sus rodillas.)

TERESA. ¿Pretendes que yo misma, desgra-
(ciada...?)

SANCHA. ¡Fernán González! Deja que á mi es-
(poso
Pueda en mis brazos estrechar... Aguarda
Siquiera á que le vea... Dime al menos
Qué es de él...

TERESA. (Mucho tardamos. Engañarla
Quiero, y que expire de dolor.) ¿Pensaste,
Necia, que si tu esposo respirara,
Y vencernos pudiese, yo á su esposa
Matara, exasperándole en su saña?
¿Por dónde imaginó con un puñado
De hombres, de Sancho resistir las armas?
Sin esperar cerrado entre sus muros
A tan débil contrario, la campaña
Corrió ardiente en su busca el hijo mío:
Presto lo escarmentó. Sola, en la plaza
Yo encargada quedé. Juzga tú ahora
Si está escrito allá arriba, que á la helada
Tumba descendas hoy á reunirte
Con tu difunto esposo, que te llama.

SANCHA. ¡Cielos!

TERESA. (Mas, ¿qué rumor? Fáltame el
(tiempo.)

SANCHA. Dame la copa. ¡Por piedad, hermana!
Dámela presto ya... yo te lo pido...
Toda la apuraré.

TER. Toma y acaba.

(Más cerca ya el rumor... ¿será que?) (Se
(oyen voces)

SANCHA.

¿Acaso?

TER. No, no te halague un resto de esperanza.
Esos los gritos son de los leoneses
Que tornan, y con vivas la pasada
Victoria solemnizan.

SANCHA.

¡No hay remedio!

(Al decir esto y llegar la copa á sus labios, se oye un gran estruendo
y entra el primero Fernán González. Doña Sancha lo ve, deja
caer la copa, y huye á refugiarse en los brazos del conde; al
mismo tiempo que doña Teresa da varios pasos atrás para co-
ger la daga que tiene el Alcaide y la persigue; pero se echan
sobre ella los castellanos de que se llena la escena.)

SANCHA. ¡Santo cielo!

TER.

¿Qué miro?

FERNÁN. (Desde el fondo)

¡Sancha! ¡Sancha!

TER. No ha de valerte: muere...

SANCHA.

¡Esposo mío!

(Queda en los brazos del conde sin sentido)

TER. ¡Oh rabia! No: dejadme... Sin venganza
Yo no anhelo vivir. Adiós, esposos
A mi pesar felices! Fueron vanas
Mis diligencias todas. ¡Oh! que el cielo
Os maldiga á los dos, como en mi rabia
Yo os maldigo también: eternamente
Mi rencor á las furias os consagra.

ESCENA VIII

EL CONDE, DOÑA SANCHA, DON GONZALO DÍAZ,
CASTELLANOS etc.

SANCHA.

(Volviendo en sí)

FIN DEL DRAMA